

Poemas

Los días se sientan a mi lado como esquinas de una misma torre, como círculos de un mismo reproche de humaredas. Hay pan viejo que aún no creció y siento que es la sangre la que no sube hasta los ojos a engañarme. Y no quiero ahora abreviar el camino para llegar descansado al lugar de mis huellas o mi ausencia. Hago un juego de cruces en la arena, cuento de nuevo las piedras huecas que hacen peligrar nuestros jardines.

Pese a llevarme un cuerpo de ventaja —cuerpo que es una hoz desangrándose—, el hombre humilde que llevo dentro levanta el cáliz no por lealtad a los dioses, sino para ver más de cerca el turbio líquido.

No crecerá la rosa sobre escamas secas, ni habitando el amor, ni habitando la soledad peregrina de una causa que sólo ella conocía. Corre por la ciudad un viento calado y un estiércol de palmeras quemadas en su aliento desnubre la memoria con floraciones amargas.

Quien no dejó rastro con que lavarse las manos también se obstina en perseguirnos. Quiere que nada ganemos con la llegada del día.

En tus riñones crecerá la flor de la patata en cuanto se apague el día, que muere como un pez sin oxígeno o de tuberculosis infantil. Buscas allí la red en donde caerte despacio y desnudo, tanto que resolverás de una vez la fatiga de los mares. Libre de las falsas etimologías, de los jarros de voz, de los pájaros color bujía, cerrarás allí dos veces.

El leproso

Como las manos del sembrador de helechos, las manos del leproso siempre huelen a selva: esponja sus llagas en papel de Biblia. Busca congraciarse con sus muertos labrando el tallo de la memoria con los dientes porque sabe que toda ceniza es refrán de olvidos y que allende los muros se comercia con la semilla del hombre adulto a precio de oro.

JOSÉ ANTONIO LLERA RUIZ



B ESEÑAS

B IBLIOGRÁFICAS

